

Un Drama Humano Conmocionó políticamente a Suiza

HILDEGARD KNODERER-DUEÑAS

La presencia de más de un millón de obreros y empleados extranjeros en un pequeño país de 41,294 Km² con cerca de 6 millones de habitantes, estremeció al pueblo suizo hasta sus cimientos durante las últimas semanas, al tener que tomarse la decisión —conforme a la democracia suiza— durante la votación que se celebró el día 7 de junio, acerca de si podrían continuar en el país los trabajadores inmigrados, o deberían ser puestos en la frontera.

Fue una fecha dramática para muchos, que creyeron verse precisados a abandonar su segunda patria, en la que se encontraban ganando el pan de cada día y en la que habían echado ya raíces imperecederas.

El problema, por sus dimensiones y probables consecuencias se había hecho un asunto de efervescencia en la tradicionalmente tranquila política suiza.

Desde hace aproximadamente 15 y 20 años, el crecimiento de la economía suiza había dado lugar a la necesidad de tener que importar una mano de obra que le ayudara a mantener este desarrollo, el cual ha hecho de Suiza uno de los países más prósperos del mundo.

A este lugar de Europa concurrieron desde entonces millares de trabajadores provenientes de muchos países del mismo continente, en donde la situación no era tan floreciente o el nivel de vida les obligaba a vivir en condiciones más desventajosas.

Estos trabajadores migratorios procedentes de España, Yugoslavia, Grecia, Turquía y sobre todo de la Baja Italia, así como un sinnúmero de refugiados políticos de Hungría y Checoslovaquia, vinieron a este país atraídos por su alto nivel de vida, con el afán de mejorar económicamente, o para gozar de un clima de libertad que muchas veces no encontraron en su tierra natal.

Mientras tanto, en este lapso, se han aglomerado ya en Suiza un millón de extranjeros y la presencia de ellos constituye actualmente alrededor de la quinta parte de la población total suiza.

Ahora bien, el roce en la vida diaria con estos forasteros ha dado lugar a una serie de problemas de carácter humano y social que han

conducido finalmente a una tensión en las relaciones entre la población aborigen y la extranjera.

A tal grado se hizo candente el problema, que esto fue lo que dio motivo a la llamada iniciativa "Schwarzenbach", la cual sugería la reducción de los extranjeros en territorio suizo. Proposición que se convirtió en un alto asunto de Estado, pues ponía en tela de juicio la identidad misma de la nación suiza.

Un ambiente de angustia e incertidumbre se extendió desde entonces a lo largo de todo el país, en virtud de que la iniciativa que llevaba precisamente el nombre del diputado doctor J. Schwarzenbach exigía en concreto que se redujera drásticamente el número de extranjeros a un 10% de la población cantonal, tomando para ello en consideración el último censo.

El autor espiritual de la explosiva idea lanzó la misma motivado precisamente por los conflictos que provocó la presencia de un millón de seres humanos venidos de tierras extrañas.

En esta forma la iniciativa del doctor Schwarzenbach convirtió repentinamente a la siempre tranquila, apacible y humanitaria Suiza en un volcán político, y por esto mismo se extendió a lo largo de todo el país un ambiente de aflicción o indignación, entre todos los sectores afectados.

Unos a favor, otros en contra, pero todos tomaron parte en el asunto: los partidos políticos, los empresarios, los sindicatos, las cámaras de comercio, la prensa, la radio y la televisión, así como las iglesias tanto católicas como protestantes.

Sin embargo, en un país que ha sido siempre ejemplo de democracia en el mundo, tenía que ser el pueblo el que con su voto decidiera finalmente la suerte de estos hombres que habían venido a Suiza a ganar para ellos y sus hijos, el pan que muchas veces les negó su propia patria.

Ahora bien, los problemas que se han presentado a raíz de la falta de un crecimiento demográfico nacional, y en consecuencia, a la necesidad de una importación de capital humano extranjero, incluyen, entre otros, no sólo el problema de la falta de vivienda, sino la escasez de una infraestructura en todas sus facetas, necesaria tanto para los trabajadores migratorios como para sus familiares.

Si bien la presencia de esta mano de obra migratoria ha sido precisamente uno de los aportes fundamentales a la prosperidad de la economía suiza; por otra parte, fueron estos mismos trabajadores los que trajeron consigo una serie de problemas de orden social que el país, al parecer, no estaba preparado para afrontar en tal magnitud.

Ante la imposibilidad de analizar aquí todos los problemas, nos referiremos solamente a algunos de los más agudos, entre ellos el de la vivienda.

Los extranjeros al venir a Suiza han querido traer, naturalmente, a sus familiares y al no haber suficientes viviendas, surgieron múltiples

complicaciones. Se dio el caso entre italianos, que en una casa llegaron a alojar a más de 100 personas, donde tal vez cupiesen menos de la cuarta parte. Situación absolutamente inaceptable en un país de orden y justicia que, además, se enorgullece de tener uno de los niveles de vida más altos en el mundo.

Por lo que se refiere al problema de la vivienda, contravenir el orden establecido daría lugar a la formación de *slums*, o a las llamadas *favelas*, que tantos problemas políticos y sociales han creado en otras regiones del mundo. Y Suiza, que es un país altamente desarrollado no podía permitirse ni tolerar exponentes de subdesarrollo sin correr el grave riesgo de poner en peligro su estabilidad social, política y económica.

Pero el más dramático de todos los problemas es quizá el de la reunión de las familias. Aquí en Suiza millares de padres viven separados de sus hijos, a quienes han tenido que dejar en su patria en virtud de que las prescripciones administrativas no permiten a los extranjeros traer a sus hijos, sino al cabo de algún tiempo, o sea el necesario, a criterio suizo (3 años), que se considera para que el padre haya podido establecerse y familiarizarse con el nuevo medio ambiente y estar ya en condiciones de garantizar el sostén de la familia sin correr el riesgo de una aventura que ponga en peligro la estabilidad familiar.

Por este motivo, millares de padres de familia se han visto en la estrujante necesidad de tener que abandonar a sus hijos en su país de origen y dejarlos al cuidado de los abuelos, tíos u otros familiares.

Padres hay aquí que han pasado años sin ver a sus hijos, y sabemos del caso de una madre que al cabo de dos años de haber trabajado en Suiza para sostener a los hijos que dejó en España, éstos, al verla a su regreso, preguntaron a la abuela: “¿quién es esa mujer?”

En los casos en que los padres han podido traer ya a los hijos, la madre se ve frecuentemente obligada a abandonar su trabajo para quedarse en el hogar al cuidado de los pequeños. Sin embargo, resulta frecuentemente que el ingreso de la familia se ha visto mermado al faltar el sueldo que percibía anteriormente la madre. Bajo estas circunstancias, los medios económicos provenientes del trabajo exclusivo del padre resultan sustancialmente reducidos para sostener decorosamente a toda una familia.

No debe sin embargo omitirse la mención del hecho de que, en general, un padre de familia gana en Suiza lo suficiente para poder ofrecer a su familia un nivel de vida muy superior al que podría haberle proporcionado en su propio país. Obreros hay aquí que en el vestir poco se distinguen de un director de fábrica y que pueden darse el lujo de poseer un automóvil. Y el bienestar económico que alcanzan muchos trabajadores les permite frecuentemente pasar las fiestas de Navidad en su país de origen.

Pero el drama de la división de las familias va aún más allá, particular-

mente en el caso de las madres españolas que, al no poder abandonar su trabajo para dedicarse al cuidado de sus hijos, prefieren ir a su patria a dar a luz al crío que han concebido con sus maridos aquí en Suiza, y una vez que éste ha venido al mundo lo dejan en España en manos de la abuela, para así poder regresar a Suiza y dedicarse en libertad a sus labores cotidianas.

A cualquier observador superficial podría parecerle que la solución está en que la madre se quede en su patria al lado de sus pequeños. Sin embargo, para una mujer casada tan grave y estrujante resulta dejar a los hijos como al marido; lo que es más, al dejar al esposo solo trabajando en el extranjero, puede poner en peligro la estabilidad de su matrimonio.

Así pues, las mujeres de estos héroes anónimos del trabajo se encuentran ante la dramática alternativa de escoger entre el marido o los hijos, lo cual constituye, sin duda alguna, una de las más espantosas tragedias de quienes han tenido que venir a tierras lejanas y desconocidas en busca de una nueva esperanza y movidos por la necesidad, el hambre, la pobreza, la desocupación o la persecución política.

Desde el punto de vista humanitario, psicológico, moral y religioso, la división de las familias es absolutamente inaceptable, pues crea problemas psíquicos y emocionales tanto en los padres como en los hijos, imposibilitando a los primeros para el trabajo y dificultando la educación de los segundos, situación que dejará huellas imperecederas con graves consecuencias sociales para los países en donde se encuentren unos u otros.

No hay que pasar, sin embargo, por alto que las autoridades suizas han hecho todo lo posible por aligerar este problema humano, pero sin haber podido encontrar hasta ahora una solución definitiva.

La situación ha logrado resolverse en cierta medida en el caso de los italianos, pues dentro del millón de extranjeros, los italianos representan más de 600,000, siguiéndoles los españoles con 80,000. Formando pues los primeros el grupo más numeroso, han podido constituir una presión para que su gobierno firme un acuerdo internacional con Suiza mediante el cual se admita la internación de sus familiares en línea directa, siempre y cuando hayan permanecido ya los trabajadores más de año y medio en el país. Es decir, los inmigrantes italianos pueden traer a los hijos, mas no a los padres, a menos que uno de ellos viva solo.

El anterior acuerdo internacional fue celebrado entre Italia y Suiza el 10 de agosto de 1964 y ratificado con fecha 22 de abril de 1965.

El gobierno español, sin embargo, no se ha esforzado aún por renovar el acuerdo celebrado el 2 de marzo de 1961 entre España y Suiza, para obtener en favor de sus súbditos que viven en el extranjero, los mismos privilegios de que gozan los italianos establecidos en Suiza.

En estas tristes circunstancias, los españoles que trabajan en este país

no cuentan ni con la fuerza necesaria para ejercer una presión, y menos aún con el apoyo y el interés de su gobierno.

Siguiendo adelante con otros aspectos del problema, cabe señalar que el pueblo suizo se sobrecoge y se encuentra ya aterrado por las cifras que representan las estadísticas de nacimientos extranjeros dentro de su territorio. Al cabo de 15 años el número de nacimientos suizos decreció en forma notable, mientras que el número de nacimientos de niños extranjeros ascendió considerablemente, sobrepasando así a los primeros como puede verse en las cifras que señalamos a continuación:

<i>Nacimientos suizos</i>		<i>Nacimientos extranjeros</i>	
	<i>Año</i>		<i>Año</i>
1954	79,928	1954	3,813
1968	75,531	1968	29,390

Las cifras de defunción infantil son las siguientes:

	<i>Año</i>		<i>Año</i>
1954	46,272	1954	2,841
1968	53,342	1968	3,950

De lo anterior se desprende que el excedente de nacimientos extranjeros es:

<i>Nacimientos suizos</i>		<i>Nacimientos extranjeros</i>	
	<i>Año</i>		<i>Año</i>
1954	33,656	1954	972
1968	22,189	1968	25,440

No existen, mientras tanto, suficientes guarderías, y a muchos suizos les irrita que en éstas, así como en los hospitales, frecuentemente no encuentren lugar por estar ya atestados de extranjeros.

Finalmente, el motivo de la gran controversia política ha sido también el hecho de que la presencia de un millón de extranjeros en Suiza ha dado lugar a una seria preocupación dentro de la población acerca de lo que se ha dado en llamar la *Ueberfremdung* o sea la "extranjerización" de Suiza.

Es decir, a estos habitantes de los Alpes les sobrecoge no sólo el temor de no poder afrontar el problema de la vivienda, escuelas, hospitales y en general todo aquello que se refiere a la infraestructura, sino que les atemoriza además la idea de perder su "personalidad" como nación suiza, ante la fuerte avalancha extranjera.

Sin embargo, podría hablarse del peligro de una "extranjerización"

ante una penetración foránea dentro de algún grupo nacional que haya conservado cierta homogeneidad, como podría serlo dentro de los lapones en Finlandia o los tarahumaras en México, y así sucesivamente en aquellos núcleos de población aborigen que hayan mantenido su raza y costumbres realmente “puras”. Pero en un país formado simultáneamente por población alemana, francesa, italiana, puédesse objetar o poner en entredicho el aspecto relacionado con la pérdida de valores culturales que tanto atemoriza actualmente a los suizos, pues si bien existen lazos que unen a las tres poblaciones dentro de una misma entidad política, no dejan de ser culturalmente extrañas entre sí.

La pregunta que cabe entonces hacerse es ¿qué se entiende por pérdida de la “personalidad” suiza? ¿Se refiere al aspecto cultural o se refiere al aspecto político? En el aspecto político es preciso mencionar que las características de la Confederación Helvética no sufren ningún menoscabo con la presencia de los trabajadores inmigrantes.

Toda esta controversia dio origen —entre muchos otros— a una conferencia nacional en la Universidad de St. Gallen a la que asistieron conocidas personalidades de la industria, la banca, la prensa, así como renombrados economistas y sociólogos que, procedentes de todos los rincones del país, vinieron a discutir ampliamente el problema, decididos a orientar a la opinión pública en vistas a la votación que se debía celebrar el día 2 de julio para tomar la importante y trascendental determinación.

Durante esta conferencia, precisamente el señor O. Reck, del *Thurgauer Zeitung* de Frauenfeld, quien se distinguiera por su vehemente y brillante oratoria, señaló enfáticamente que el estado de derecho, el federalismo y la democracia en sus respectivas relaciones hacia el poder, la libertad y la justicia que prevalecen en Suiza, no corren ningún peligro de “extranjerización”.

Por otra parte, la presencia de obreros extranjeros, particularmente italianos, hace temer entre los suizos el advenimiento de una agitación izquierdizante, pues se afirma que entre los trabajadores se han infiltrado un buen número de comunistas. Y Suiza, que es uno de los países altamente industrializados y suele hacer gala de su equilibrio social, al no haber tenido en los últimos 30 años mas que una sola huelga, se inquieta ante las posibilidades del surgimiento de una agitación obrera motivada por intereses políticos.

No faltan tampoco aquellos que ven en la inmigración de trabajadores sureños el peligro de una probable “catolización” del país, dado que éstos provienen generalmente de países católicos y suelen ser familias

Pero al lado de esta corriente antiextranjera, se extendió por todo el país, otra, no menos vehemente, en favor de la causa de los inmigrantes, la cual se perfiló como una esperanza para el millón de extranjeros que esperaban con angustia el resultado final de la votación.

Miles de voces embargadas de una generosidad sin paralelo, y pronun-

ciadas en defensa de estos cientos de miles de seres humanos, hicieron gala de un rasgo de conmovedor humanitarismo ante el drama provocado por la iniciativa Schwarzenbach, “patriota” para unos e “inhumani-taria” para otros.

El sector empresarial e industrial no dejó de ver con profunda preocupación la positiva catástrofe que se avecinaría en la economía suiza al poner repentinamente a millares de hombres en la frontera, dejando con ello paralizada casi toda la industria nacional por falta de mano de obra.

En favor de la inmigración de los trabajadores se invocó la Declaración de Derechos del Hombre, entre ellos, el derecho al trabajo, así como el derecho a elegir la residencia en el territorio de cualquier Estado.

Durante la conferencia celebrada en la Universidad de St. Gallen hubo oradores que, además de reconocer que la prosperidad de que gozan los suizos se debe en gran medida al trabajo aportado por los inmigrantes, no tuvieron tampoco empacho en reconocer que, negar a los extranjeros —por razones de nacionalidad— el derecho al trabajo, así como el derecho de reunirse con sus familiares o de residir en el país que previamente les permitió la entrada, era tan inhumano y resultaba tan discriminatorio como los derechos que se niegan a los negros en los Estados Unidos por razones de su color.

Invocar el peligro de la “extranjerización”, entendiéndose por ésta el aspecto cultural, induce a reflexionar en los riesgos de una zozobra de la personalidad que traen consigo todas aquellas manifestaciones como el cine, la televisión, las modas, las drogas, las lecturas pornográficas, los hippies e incluso el turismo. Este último, si bien se manifiesta solamente a través de un paso transitorio, no deja de transmitir huellas imperecederas al cabo de los años.

Todas las anteriores influencias, a veces tan nocivas a la juventud y ajenas a la tradición suiza, no han penetrado en el territorio dentro del equipaje de los hombres de trabajo, sino que éstas precisamente han sido el vehículo más eficaz que en todas las latitudes ha “extranjerizado” la mente de los jóvenes.

El conflicto con los extranjeros llegó a alcanzar tales proporciones que esta hospitalaria nación, famosa entre otros por su apego a la paz internacional y a la neutralidad —y la que por esta misma razón ha sido reconocida como el lugar ideal para que establezcan su sede muchas organizaciones internacionales dedicadas a fines humanitarios, sociales y culturales—, vio puesta en tela de juicio la generosidad de su pueblo.

Suiza, sede de la Cruz Roja Internacional, de las Naciones Unidas, de la Organización Internacional del Trabajo, de la Unión Postal Internacional, del Comité Olímpico Internacional, y de muchas otras organizaciones dedicadas a fines pacíficos, se estremeció hasta sus cimientos la víspera del 7 de junio de 1970 ante el hecho de tener que decidir la

suerte y el futuro de millares de familias italianas, españolas, griegas, turcas, yugoslavas, etcétera que, de haberse visto obligadas a regresar a su país de origen, donde existe muchas veces una pavorosa desocupación laboral, hubiesen agravado con su retorno los desajustes sociales, con serias repercusiones en varios países de Europa.

Después de haber permanecido a la expectativa por varias semanas previas a la votación, Europa se conmovió finalmente ante la decisión que tomó el pueblo suizo, famoso por el alto grado de cultura y civilización y célebre también como defensor por excelencia de los derechos humanos, de la justicia, de la neutralidad y de la paz internacionales.

El parlamento suizo con aplastante mayoría había rechazado ya la iniciativa xenófoba de Schwarzenbach. Por otra parte, los sindicatos, los empresarios, las federaciones estudiantiles y todos los sectores dirigentes en el país habían encaminado ya los pasos necesarios para orientar al pueblo, procurando disiparle temores y haciéndole ver las ventajas económicas que aportaba la mano de obra extranjera, así como advirtiéndole sobre la catástrofe que se avecinaría si triunfaba la iniciativa durante la votación popular.

Fue sin embargo, conforme al sistema democrático suizo, la masa del pueblo, el hombre de la calle propiamente dicho —el que, ante situaciones conflictivas surgidas en el roce diario con los extranjeros más se dejaría llevar por la emoción que por la razón—, el que decidió sobre el porvenir de cientos de miles de familias establecidas ya desde hace años aquí.

La opinión pública internacional se preguntaba con inquietud e interés si el pueblo suizo negaría el derecho de permanecer en el país a quienes antes había acogido legalmente cuando vinieron en busca de trabajo.

El voto popular favoreció finalmente a los extranjeros conforme a los comicios celebrados el día 7 de junio del año en curso, y la pregunta que se hace ahora es ¿dejará de verse de hoy en adelante al trabajador como un mero instrumento de producción o se le considerará ante todo como un ser humano sujeto a una serie de exigencias y necesidades?

Suiza se encontró pues, ante el grave compromiso de dar un ejemplo al mundo, pues situaciones semejantes se presentan en otros países del orbe, como es el caso entre Venezuela y Colombia, entre Corea y Japón, así como entre Honduras y El Salvador y que diera lugar, en este último caso, a la tristemente célebre guerra del fútbol; tan sólo para citar algunos ejemplos.

Una vez realizada la votación, la solución que dé este país a la segunda parte del problema podrá ser luz para muchos otros Estados que se hallen en igualdad de circunstancias, tanto en América, como en Asia, Africa y Europa.

Cabe mencionar, para finalizar, que la solución no estaba desde luego

en arrojar a millares de familias en busca de nuevos horizontes, repatriándoseles a Estados con economías ya de por sí endebles o poco estables, sino en crear la infraestructura necesaria que permitiera retener a estos ciudadanos laboriosos, para contribuir así conjuntamente al bienestar del género humano y al progreso de la cultura universal.

Por otra parte, será preciso reglamentar en el futuro la emigración hacia Suiza conforme a acuerdos internacionales que garanticen los derechos de los trabajadores migrantes, y de esto deben preocuparse fundamentalmente los países de emigración si no quieren sufrir a su vez las consecuencias económicas, políticas y sociales que traería consigo la repatriación de millares de nacionales en caso de encontrarse éstos nuevamente ante la encrucijada de tener que regresar a sus países a iniciar una vida nueva, creando con ello motivos de zozobra y agitación.

Finalmente, en el país de inmigración será preciso planear la integración justa y sistemática que convierta a estos extranjeros de hoy en ciudadanos útiles el día de mañana. Para ello será necesario analizar las posibilidades del cambio del principio del *jus sanguinis* por el del *jus soli*, a fin de que los hijos de extranjeros que nazcan en Suiza puedan convertirse de inmediato en ciudadanos suizos y se dé así el primer paso para su asimilación.

Suiza no deberá olvidar, por otra parte, que la inyección de sangre nueva en cualquier país no provoca ningún peligro de "extranjerización" sino que, por el contrario, puede llegar a constituirse en un extraordinario enriquecimiento biológico, cultural y económico, si los inmigrantes son debidamente asimilados dentro del país que les acoge, como ha sucedido en todos los pueblos y en todos los tiempos en el pasado.